

de los franceses, que sin pérdida de tiempo se abalaron al asalto de la posición, auxiliados por los fuegos oblicuos del Molino de la Ciudad. Asaltaron con furia loca, y después de un breve choque cuerpo á cuerpo, fueron rechazados. Al siguiente día repitieron, seguros de que no habría mortal que defendiese aquel esqueleto de piedra y ladrillo que por momentos se venía al suelo. Embistiéronlo por la puerta del locutorio; pero durante la mañana no pudieron conquistar ni un palmo de terreno en el claustro.

Desplomóse el techo, al caer de la tarde, por la parte oriental del convento. El tercer piso, que estaba muy quebrantado, no pudo resistir el peso, y cayó sobre el segundo. Éste, aun más endeble, dejóse ir sobre el principal, y el principal, incapaz por sí solo de resistir encima todo el edificio, hundióse sobre el claustro, sepultando centenares de hombres. Parecía natural que los demás se acobardaran con esta catástrofe, pero no fué así. Los franceses dominaron una parte del claustro, pero nada más, y para apoderarse de la otra necesitaban franquearse camino por entre los escombros. Mientras lo hicieron, los de *Huesca*, que aun existían, fijaban su alojamiento en la escalera, y agujereaban el piso alto para arrojar granadas de mano contra los sitiadores.

Entretanto, nuevas tropas imperiales logran penetrar por la iglesia, ábrense paso hasta el claustro alto, y atacan á los Voluntarios indomables. Con la algarazara de este encuentro, animanse los de abajo, redoblan sus esfuerzos, y sacrificando multitud de hombres consiguen llegar á la escalera. Los Voluntarios se encuentran entre dos fuegos; corren buscando un lugar estratégico que les permita defenderse con alguna ventaja, y son cazados á lo largo de las crujiás. El último tiro fué señal de que había caído el último hombre. Muy

pocos lograron salir por un portillo que habían abierto á la calle de Palomar. De este modo el Convento de las Mónicas pasó á poder de Francia.

XI

Al llegar á este punto de mi narración, os ruego que me dispenséis si no puedo consignar concretamente las fechas de lo que refiero. En aquel período de horrores, comprendido desde el 27 de enero hasta la mitad del siguiente mes, los sucesos se confunden, se amalgaman, se eslabonan en mi mente de tal modo, que no puedo distinguir días ni noches, y á veces ignoro si algunos lances de los que recuerdo ocurrieron á la luz del sol. Me parece que todo aquello pasó en un largo día, ó en una noche sin fin, y que el tiempo no marchaba entonces con sus divisiones ordinarias. Los acontecimientos, los hombres, las diversas sensaciones se confunden en mi memoria formando un cuadro inmenso, donde no hay más líneas divisorias que las que ofrecen los mismos grupos, el mayor espanto de un momento, la furia ó el pánico de otro momento.

Por esta razón no puedo precisar el día en que ocurrió lo que voy á narrar ahora. Ocupábamos una casa de la calle de Pabostre. Los franceses eran dueños de la inmediata, y trataban de avanzar por el interior de la manzana hasta llegar á la calle de Puerta Quemada. Nada es comparable á la expedición laboriosa por dentro de las casas. Ninguna clase de guerra, ni las más sangrientas batallas en campo abierto, ni el sitio de una plaza, ni la lucha en las barricadas de una calle, admiten cotejo con aquellos choques sucesivos entre el ejército de una alcoba y el ejército de una sala, entre las tropas que ocupan un piso y las que guarnecen el superior.

Sintiendo el sordo golpe de las piquetas por diversos puntos, nos causaba espanto el no saber por qué parte seríamos atacados. Subíamos á las buhardillas; bajábamos á los sótanos, y pegando el oído á los tabiques, procurábamos indagar el intento del enemigo según la dirección de sus golpes. Por último, advertimos que se sacudía con violencia el tabique de la misma pieza donde nos encontrábamos, y esperamos á pie firme en la puerta después de amontonar los muebles formando barricada. Los franceses abrieron un agujero, y á culatazos hicieron saltar maderos y cascote, presentándose en actitud de querer echarnos de allí.

Éramos unos veinte. Ellos eran menos, y como no esperaban ser recibidos de tal manera, retrocedieron, volviendo al poco rato en número tan considerable que nos hicieron gran daño, obligándonos á retirarnos, después de dejar tras los muebles cinco compañeros, dos de ellos muertos. En el pasillo topamos con una escalera por donde subimos precipitadamente sin saber adónde íbamos; nos hallamos en un desván, posición admirable para la defensa. Era angosta la escalera, y el francés que intentaba pasarla moría sin remedio. Así estuvimos un buen rato, prolongando la resistencia, y animándonos unos á otros con vivas y aclamaciones, cuando el tabique que teníamos á la espalda empezó á estremecerse con fuertes golpes, y al punto comprendimos que los franceses, abriendo una entrada por aquel sitio, nos cogerían irremisiblemente entre dos fuegos.

El tío Garcés, que nos mandaba, exclamó furioso:

«¡Recuernol No nos cogerán esos perros. En el techo hay un tragaluz. Salgamos por él al tejado. Que seis sigan haciendo fuego aquí... Al que quiera subir, partirlo. Que los demás agranden el agujero. Fuera miedo, y viva la Virgen del Pilar!»

Se hizo como él mandaba. Ello iba á ser una retirada en regla, y mientras parte de nuestro ejército contenía la marcha invasora del Imperio, los demás se ocupaban en facilitar el paso. Este hábil plan fué puesto en ejecución sin demora, y bien pronto el hueco de escape tenía suficiente anchura para que pasaran tres hombres á la vez. No pudieron los franceses en tan breve tiempo imitar nuestra agilidad y ligereza. Velozmente salimos al tejado. Éramos nueve. Tres habían quedado en el desván, y otro fué herido al querer salir, cayendo vivo en poder de Francia.

Saltamos al tejado de la casa cercana, y nos internamos en ella por la ventana de un chiribitil, considerando fácil el bajar desde allí á la calle. Pero aun no habíamos puesto el pie en firme, cuando sentimos disparos en los aposentos inferiores.

Pasando de un desván á otro, vimos una escalera de mano y oímos vivo rumor de voces, destacándose en él algunas de mujer. El estrépito de la lucha procedía de punto más bajo. Franqueando la escalerilla, nos hallamos en una gran habitación, materialmente llena de gente, la mayor parte ancianos, mujeres y niños, que habían buscado refugio en aquel lugar. Muchos, arrojados sobre jergones, mostraban en su rostro las huellas de la terrible epidemia, y algún cuerpo inerte sobre el suelo tenía todas las trazas de haber exhalado el último suspiro momentos antes.

Otros, gravemente heridos, se lamentaban sin poder atenuar la crueldad de sus dolores; dos ó tres viejas lloraban ó rezaban. Algunas voces se oían de rato en rato, diciendo con angustia: «¡Agua, agua!» Ya íbamos á salir, cuando vi á María Candiola. La infeliz estaba transfigurada por el insomnio, el llanto y el terror. Me vió, y al punto fué hacia mí con viveza, mostrando deseo de hablarme.

«¿Y Agustín? — le pregunté.

— Abajo está — replicó con voz temblorosa. — Abajo están dando una batalla. Las personas que nos habíamos refugiado en esta casa estábamos repartidas por los distintos aposentos. Mi padre llegó esta mañana con D.^a Guedita. Agustín nos trajo de comer, y nos puso en un cuarto donde había un colchón. De repente sentimos golpes en los tabiques. Venían los franceses. Entró la tropa; nos hicieron salir; trajeron los heridos y los enfermos á esta sala alta... Aquí nos han encerrado á todos, y luego, rotas las paredes, los franceses se han encontrado con los españoles, y han empezado á pelear... ¡Ay! Agustín pelea también... abajo...»

Esto decía, cuando entró Manuela Sancho, trayendo dos cántaros de agua para los heridos. Aquellos desgraciados se arrojaron frenéticamente de sus lechos, disputándose á golpes un vaso de agua.

«No empujar, no atropellarse, señores — dijo Manuela riendo. — Hay agua para todos. Vamos ganando. Trabajo ha costado echarles de la alcoba, y ahora están disputándose la mitad de la sala, porque la otra mitad está ya ganada. Les quitaremos también la cocina y la escalera. Todo el suelo está lleno de muertos.»

Tenía razón Manuela Sancho al decir que íbamos ganando. Desalojados del piso principal de la casa, los franceses habíanse retirado al de la contigua, donde continuaban defendiéndose. Cuando yo bajé, todo el interés de la batalla estaba en la cocina, disputada con encarnizamiento; pero lo demás de la casa nos pertenecía. Cadáveres de una y otra nación cubrían el ensangrentado suelo; algunos patriotas y soldados, rabiosos por no poder conquistar aquella cocina funesta, desde donde se les hacía tanto fuego, lanzáronse dentro de ella á la bayoneta, y aunque perecieron bastantes, este acto de arrojo decidió la cuestión, porque

tras ellos fueron otros, y por fin todos los que cabían.

Aterrados los imperiales con embestida tan ruda, buscaron salida precipitadamente por el laberinto que de pieza en pieza habían abierto. Persiguiéndolos por pasillos y aposentos, cuya serie inextricable volvería loco al mejor topógrafo, les rematábamos donde podíamos alcanzarles, y algunos de ellos se arrojaban desesperadamente á los patios. De este modo, después de reconquistar aquella casa, reconquistamos la vecina, obligándolos á contenerse en sus antiguas posiciones, que eran por aquella parte las dos casas primeras de la calle de Pabostre.

Después retiramos los muertos y heridos, y tuve el sentimiento de encontrar entre éstos á Agustín Montoria, aunque no era de gravedad el balazo recibido en el brazo derecho. Mi compañía quedó aquel día reducida á la mitad.

Cada día, cada hora, cada instante, las dificultades crecientes de nuestra situación militar se agravaban con el obstáculo que ofrecía número tan considerable de víctimas, hechas por el fuego y la epidemia. Hacinados estaban allí unos sobre otros, sin poder recibir auxilio, multitud de hombres destrozados por horribles heridas.

Llegó un día en que cierta impasibilidad, más bien espantosa y cruel indiferencia, se apoderó de los defensores, y nos acostumbramos á ver un montón de muertos cual si fuera montón de sacas de lana; nos hicimos á ver sin lástima largas filas de heridos arriados á las casas, curándose cada cual como mejor podía. La familiaridad con el peligro había transfigurado nuestra naturaleza, infundiéndole el desprecio absoluto de la materia y total indiferencia de la vida.

Ya os he dicho que inmediato al Convento de las Mónicas estaba el de Agustinos Observantes, edificio

de bastante capacidad, con una iglesia no pequeña, vastas crujías y un claustro espacioso. Era, pues, indudable que los franceses, dueños ya de las Mónicas, habrían de poner gran empeño en poseer también aquel otro monasterio para establecerse sólida y definitivamente en el barrio.

Estábamos acomodando á nuestros heridos en la casa que hacía de hospital, cuando nos puso en cuidado un grande estruendo. Un fraile apareció diciéndonos á gritos:

«Hijos míos, han volado la pared medianera del lado de las Mónicas, y ya los tenemos en casa. Corred á la iglesia: ellos deben haber ocupado la sacristía; pero no importa. Si vais á tiempo, seréis dueños de la nave principal, de las capillas, del coro. ¡Viva la Santa Virgen del Pilar!»

Marchamos á la iglesia; pero los franceses, que habían entrado por la sacristía, se nos adelantaron, y ya ocupaban el altar mayor. Yo no había visto jamás una mole churrigueresca, cuajada de esculturas y follajes de oro, sirviendo de parapeto á la Infantería; yo no había visto que vomitasen fuego los mil nichos, albergue de mil santos de ebanistería; yo no había visto nunca que los rayos de madera dorada, que fulminan su llama inmóvil desde los huecos de una nube de cartón poblada de angelitos, se confundieran con los fogonazos, ni que tras los pies del Santo Cristo, y tras el nimbo de oro de la Santa Virgen, el ojo vengativo del soldado afuara su mortífera puntería.

Baste deciros que el altar mayor de San Agustín era una gran fábrica de talla estofada, cual otras que habréis visto en templos de España. Este armatoste se extendía desde el piso á la bóveda, y de machón á machón, representando en sucesivas hileras de nichos como una serie de jerarquías celestiales. Aunque la

mole se apoyaba en el muro del fondo, había pasadizos interiores destinados al servicio casero de aquella república de santos, y por ellos el lego sacristán podía subir desde la sacristía á mudar el traje de la Virgen ó á encender las velas del altísimo Crucifijo.

Los franceses se posesionaron rápidamente de los estrechos tránsitos que he mencionado; y cuando llegamos nosotros, en cada nicho, detrás de cada santo y en innumerables agujeros abiertos á toda prisa, brillaba el cañón de los fusiles. Igualmente establecidos detrás del ara santa, que á empujones adelantaron un poco, se preparaban á defender en toda regla la cabecera de la iglesia.

No nos hallábamos enteramente á descubierto, y para resguardarnos del gran retablo teníamos los confesonarios, los altares de las capillas y las tribunas. Los más expuestos fuimos los que entramos por la nave principal; unos avanzaron resueltamente hacia el fondo; otros tomamos posiciones en el coro bajo, tras el facistol, tras las sillas y bancos amontonados contra la reja, molestando desde allí con certeros disparos al Imperio Napoleónico, posesionado del altar mayor.

El tío Garcés, con nueve de igual empuje, corrió á posesionarse del púlpito, otra pesada fábrica churrigueresca, cuyo guardapolvo, coronado por una figura religiosa, casi llegaba al techo. Subieron, ocupando la cátedra sagrada y su escalera, y desde allí, con singular acierto, dejaban seco á todo francés que, abandonando el presbiterio, se adelantaba á lo bajo de la iglesia. También sufrían ellos bastante, porque los abrasaban los del altar mayor, deseosos de quitar de en medio aquel obstáculo. Al fin se destacaron unos veinte franceses, resueltos á tomar á todo trance aquel reducto de madera, sin cuya posesión era locura inten-

tar el paso de la nave. No he visto nada más parecido á una gran batalla, y así como en ésta la atención de uno y otro ejército se reconcentra á veces en un punto, el más disputado y apetecido, y cuya pérdida ó conquista decide el éxito de la contienda, así la atención de todos se dirigió al púlpito, tan bien defendido como bien atacado.

Los veinte tuvieron que resistir el vivísimo fuego que se les hacía desde el coro y la explosión de las granadas de mano que los de las tribunas les arrojaban; pero á pesar de sus grandes pérdidas, avanzaron resueltamente á la bayoneta contra la escalera. No se acobardaron los nueve defensores del fuerte, y defendiéronse á arma blanca con aquella superioridad infalible que siempre tuvieron en este género de lucha. Muchos de los nuestros, que antes hacían fuego parapetados tras los altares y confesonarios, corrieron á atacar á los franceses por la espalda, representando de este modo en miniatura el episodio de una vasta acción campal.

De la sacristía salieron mayores fuerzas enemigas, y nuestra retaguardia, que se había mantenido en el coro, salió también. Algunos que se hallaban en las tribunas de la derecha saltaron fácilmente á la cornisa de un gran retablo lateral, y no satisfechos con hacer fuego desde allí, desplomaron sobre los franceses tres estatuas de santos que coronaban los ángulos del ático. En tanto, el púlpito se sostenía con firmeza, y en medio de aquel infierno vi al tío Garcés ponerse en pie desafiando el fuego, y accionar como un predicador, gritando desafortadamente con voz ronca. Si alguna vez viera al demonio predicando el pecado en la cátedra de una iglesia, invadida por todas las potencias infernales en espantosa bacanal, no me llamaría la atención.

Aquello no podía prolongarse mucho tiempo, y Gar-



cés, atravesado por cien balazos, cayó de súbito lanzando un feroz aullido. Los franceses, que en gran número llenaban la sacristía, vinieron en columna cerrada, y en los tres escalones que separan el presbiterio del resto de la iglesia, nos presentaron un muro infranqueable. La descarga de esta columna decidió la cuestión del púlpito, y quintados en un instante, dejando sobre las baldosas gran número de muertos, nos retiramos á las capillas. Perecieron los primitivos defensores del púlpito, así como los que luego acudieron á reforzarlos, y al tío Garcés, acribillado á bayonetazos después de muerto, le arrojaron en su furor los vencedores por encima del antepecho. Así concluyó aquel patriota excelso que no nombra la Historia.

XII

El capitán de nuestra compañía quedó también inerte sobre el pavimento... Á todo escape nos retiramos á una capilla. Algunos opinaron que con los bancos, las imágenes y la madera de un retablo viejo, que fácilmente podía ser hecho pedazos, debíamos levantar una barricada en el arco de la capilla y defendernos hasta lo último; pero los Padres agustinos se opusieron á este esfuerzo inútil, y uno de ellos nos dijo:

«Hijos míos, no os empeñéis en prolongar la resistencia, exponiéndoos á perder vuestras vidas sin ventaja alguna. Los franceses están atacando en este instante el edificio por la calle de las Arcadas. Corred allí á ver si lográis atajar sus pasos; pero no penséis en defender la iglesia, profanada por esos demonios.»

Estas exhortaciones nos obligaron á salir al claustro, y todavía quedaban en el coro algunos soldados de *Extremadura* tiroteándose con los franceses, que ya invadían toda la nave.

Por orden del General Saint-March abandonamos San Agustín, cuya defensa era ya humanamente imposible. Cuando pasábamos por la calle del mismo nombre, paralela á la de Palomar, vimos que desde la torre de la iglesia arrojaban granadas de mano sobre los franceses, establecidos en la plazoleta inmediata á la primera de aquellas vías. ¿Quién lanzaba aquellos proyectiles desde la torre? Para decirlo brevemente y con más elocuencia, abramos la Historia y leamos: «En la torre se habían situado y pertrechado siete ú ocho paisanos con víveres y municiones para hostigar al enemigo, y subsistieron efectuándolo por unos días sin querer rendirse.»

Allí estaba el insigni Pirlí. ¡Oh, Pirlí! Más feliz que el tío Garcés, tú ocupas un lugar en la Historia.

Incorporados al batallón de *Extremadura*, se nos llevó por la calle de Palomar hasta la plaza de la Magdalena. Como nos habían dicho, el enemigo procuraba extenderse por la calle de Pabostre para apoderarse de Puerta Quemada, punto importantísimo en el cual podía enfilarse con sus cañones la calle del mismo nombre hasta la plaza de la Magdalena; y como la posesión de San Agustín y las Mónicas le permitía amenazar aquel punto céntrico por el fácil tránsito de la calle de Palomar, ya se conceptuaba dueño del barrio.

Después de breve espera, nos llevaron á la calle de Pabostre; y como la lucha era combinada entre el interior de los edificios y la vía pública, entramos por la calle de los Viejos á la primera manzana. Desde las ventanas de la casa en que nos situaron no se veía más que humo, y apenas podíamos hacernos cargo de lo que allí pasaba; mas luego advertí que la calle estaba llena de zanjas y cortaduras de trecho en trecho, con parapetos de tierra, muebles y escombros.

Por no ser prolijo, no contaré aquí las peripecias de

aquel combate de la calle de Pabostre. Dentro de las casas ocurrían escenas como las que en otro lugar se refieren, pero con mayor encarnizamiento, porque el triunfo se creía más definitivo. La ventaja adquirida en una pieza perdíanla los imperiales en otra; la acción trabada en la buhardilla descendía peldaño por peldaño hasta el sótano, y allí se remataba al arma blanca, con ventaja siempre para los paisanos. Las voces de mando con que unos y otros dirigían los movimientos dentro de aquellos laberintos, retumbaban de pieza en pieza con ecos espantosos.

En una de las zanjas abiertas en la calle, una mujer, más que ninguna valerosa, Manuela Sancho, después de hacer fuego de fusil, disparó varios tiros en la pieza de á 8. Mantúvose ilesa durante gran parte del día, animando á todos con su fiero ademán, y sirviendo de ejemplo á los hombres; pero serían las tres de la tarde cuando cayó en la zanja, herida en una pierna, y durante largo tiempo confundióse con los muertos, porque la hemorragia la dejó exánime y con apariencia de cadáver. Más tarde, advirtiéndole que respiraba, la retiramos, y fué curada, quedando tan bien que años adelante tuve el gusto de verla viva.

Poco después de las tres, horrisona explosión conmovió las casas que los franceses nos habían disputado tan encarnizadamente durante la mañana, y entre el espeso humo y el polvo, más espeso aún que el humo, vimos volar en pedazos mil las paredes y el techo, cayendo todo al suelo con un estruendo de que no puede darse idea. Los franceses empezaban á emplear la mina para conquistar lo que por ningún otro medio podía arrancarse de las manos aragonesas.

Al reventar la primera casa, nos mantuvimos serenos en las inmediatas y en la calle; pero cuando con estampido más fuerte aún vino á tierra la segunda,

inicióse el movimiento de retirada con bastante desorden. Al considerar que eran sepultados entre las ruinas ó lanzados al aire tantos infelices compañeros, que no se habrían dejado vencer por la fuerza del brazo, nos sentimos débiles para luchar con aquel elemento de destrucción; creíamos que en todas las demás casas y en la calle, minadas ya también, iban á estallar horribles cráteres, que nos esparcirían desgarrados en sangrientos jirones.

Palafox se presentó á la entrada de la calle, y su presencia nos contuvo algún tanto. El mucho ruido impidióme oír lo que nos dijo.

«Ya oís, muchachos, ya oís lo que dice el Capitán General — vociferó á nuestro lado un fraile de los que venían en la comitiva de Palafox. — Dice que no habrá en Zaragoza una mujer que os mire si al punto no os arrojáis sobre las ruinas de las casas y echáis de allí á los franceses.»

Estas y otras patrióticas expresiones enardecieron nuestros ánimos extenuados. Ocasión tengo ahora de hablaros de este personaje ilustre, cuyo nombre va unido á las célebres proezas de Zaragoza. Debía en gran parte su prestigio á su gran valor; pero también á su hermosa y arrogante presencia, y á la nobleza de su origen, al respeto con que siempre fué mirada allí la familia de Lazán. Lo que ante todo hacía simpático al caudillo zaragozano era su indomable y serena bravura, aquel ardor juvenil con que acometía lo más peligroso y difícil, por simple afán de tocar un ideal de gloria.

Los zaragozanos habían simbolizado en él sus virtudes, su constancia, su patriotismo ideal y un tanto místico, y su fervor guerrero. Lo que Palafox disponía todos lo encontraban bueno y justo. Era en realidad como un soberano constitucional, que reinaba y no

governaba. Gobernaban de hecho el Padre Basilio, O'Neilly, Saint-March y Butrón, clérigo escolapio el primero, Generales insignes los otros tres.

Como he dicho, Palafox nos detuvo, y aunque abandonamos casi toda la calle de Pabostre, nos mantuvimos en la de Puerta Quemada. Si encarnizada fué la batalla hasta las tres, hora en que nos concentramos hacia la plaza de la Magdalena, no lo fué menos desde dicha ocasión hasta la noche. Los franceses emprendieron trabajos en las casas arruinadas por los hornillos, y era curioso ver cómo entre las masas de casco y vigas se abrían pequeñas plazas de armas, caminos cubiertos y plataformas para emplazar la Artillería. Aquélla era una guerra que cada vez se iba pareciendo menos á las demás guerras conocidas.

Sitiadores y sitiados, deseosos de rematarse pronto, y no pudiendo conseguirlo en la laberíntica guerra de las madrigueras, empezaron á destruirlas, aquí con la mina, allí con el incendio, quedándose á descubierto como el impaciente gladiador que arroja su escudo.

¡Qué tarde, qué noche! Al llegar aquí me detengo cansado y sin aliento, y mis recuerdos se nublan, como se nublaron mi pensar y mi sentir en aquella tarde espantosa. Hubo, pues, un momento en que, agotada la resistencia física, mi pobre cuerpo se arrastraba sobre el arroyo, tropezando con cadáveres insepultos ó medio inhumados entre los escombros. Mis sentidos, salvajemente lanzados á los extremos del delirio, no me representaban claramente el lugar donde me encontraba, y la noción del vivir era un conjunto de vagas confusiones, de dolores inauditos. No me parecía que fuese de día, porque en algunos puntos lóbrega obscuridad envolvía la escena; mas tampoco me consideraba en medio de la noche, porque llamas semejantes á las

que suponemos en el Infierno enrojecían la ciudad por otro lado.

Sólo sé que me arrastraba pisando cuerpos, yertos unos, con movimiento otros, y que más allá, siempre más allá, creía encontrar un pedazo de pan y un buche de agua. ¡Qué desfallecimiento! ¡Qué hambre! ¡Qué sed! Vi correr á muchos con ágiles movimientos; les oí gritar; vi proyectadas sus sombras inquietas formando espantajos sobre las paredes cercanas; iban y venían no sé adónde ni de dónde. Algunos, más felices que los demás, tuvieron fuerza para registrar entre los cadáveres y recoger mendrugos de pan, piltrafas de carne fría y envuelta en tierra, que devoraban con avidez.

Algo reanimados, seguimos buscando, y pude alcanzar una parte en las migajas de aquel festín. Encontramos al fin unas mujeres que nos dieron á beber agua fangosa y tibia. Nos disputamos el vaso de barro, y luego en las manos de un muerto descubrimos un pañuelo liado que contenía dos sardinas secas y algunos bollos de aceite.

Me sentí con algún brío y pude andar, aunque difícilmente. Advertí que mi uniforme estaba lleno de sangre, y sintiendo un vivo escozor en el brazo derecho, juzguéme gravemente herido; pero aquel malestar era de una contusión insignificante, y las manchas de mi ropa provenían de haberme arrastrado entre charcos de fango y sangre.

Los incendios continuaban. Sobre la ciudad pesaba una densa niebla, formada de polvo y humo, la cual, con el resplandor de las llamas, formaba perspectivas horrosas que jamás se ven en el mundo; en sueños sí. Las casas despedazadas, con sus huecos abiertos á la claridad como ojos infernales; las recortaduras angulosas de las ruinas humeantes, las vigas encendidas

eran espectáculo menos siniestro que el de aquellas figuras saltonas ó incansables, que no cesaban de revolotear allí mismo, casi en medio de las llamas. Eran los paisanos de Zaragoza que aun tenían ganas de batirse, y á los franceses disputaban ferozmente un palmo del Infierno.

Me encontraba en la calle de Puerta Quemada. Di algunos pasos, pero caí otra vez rendido de fatiga. Un fraile, viéndome manchado de sangre, se me acercó y empezó á hablarme de la otra vida y del premio eterno destinado á los que mueren por la patria. Díjele que no estaba herido, pero que el hambre, el cansancio y la sed me habían postrado, y que creía tener los primeros síntomas de la epidemia. Entonces el buen religioso, en quien al punto reconocí al Padre Mateo del Busto, se sentó á mi lado.

«¿Está Vuestra Paternidad herido? — le pregunté, viéndole imposibilitado del brazo derecho.

— Sí, amigo Araceli: una bala me ha destrozado el brazo y el hombro. Siento grandísimo dolor; pero es preciso aguantarlo. Más padeció Cristo por nosotros. Desde que amaneció no he cesado de curar heridos y encaminar moribundos al Cielo. Una mujer me ató un lienzo en el brazo derecho, y seguí mi tarea. Creo que no viviré mucho... ¡Cuánto muerto, Dios mío! ¿Has visto aquella zanja que hay al fin de la calle de los Clavos? Pues allí yace sin vida mi perrillo, el desgraciado *Coridón*. Fué víctima de su arrojo. Pasábamos por allí para recoger unos heridos, cuando vimos hacia las Eras de San Agustín un grupo de franceses que pasaban de una casa á otra. *Coridón*, siempre impetuoso hasta el heroísmo, se lanzó ladrando sobre ellos. ¡Ay!, ensartándolo en una bayoneta, lo arrojaron exánime dentro de la zanja... ¡Cuántas víctimas en un solo día, Gabriel! ¡Pues no tiene usted poca suerte en haber salido

iles! Pero se morirá usted de la epidemia, que es peor. Joven, ánimo: el Cielo se abre para recibirle á usted, y la Virgen del Pilar le agasajará con su manto de estrellas. La vida no vale nada... En nombre de Dios le perdono á usted todos sus pecados.»

Pronunció, bendiciéndome, el *ego te absolvo*, y extendióse luego cuan largo era sobre el suelo. Su aspecto era tristísimo, y aunque yo no me encontraba bien, juzguéme en mejor estado de salud que el buen fraile. Le llamé gritando en su oído, y como no me respondiese sino con lastimera quejumbre, apartéme de allí para buscar quien fuera en su ayuda. Encontré á varios hombres y mujeres, y les dije:

«Ahí está el Padre Fray Mateo del Busto que no puede moverse.»

Pero no me hicieron caso y siguieron adelante. Por fin, con dos amigos que se me juntaron, fuí á prestar auxilio al pobre fraile mínimo. Cuando le preguntamos cómo se encontraba, nos contestó así:

«¿Qué es eso? ¿Ya tocan á maitines? Todavía es temprano... Yo me duermo... Estoy rendido.»

Entre los tres le cargamos; pero al poco trecho se nos quedó muerto entre los brazos.

Mis compañeros acudieron al fuego, y yo á seguirles me disponía, cuando alcancé á ver un hombre cuyo aspecto llamó mi atención. Era el tío Candiola, que salió de una casa cercana con los vestidos chamuscados. Le detuve en medio de la calle preguntándole por su hija y por Agustín, y con gran agitación me respondió:

«¡Mi hija!... No sé... Allá, allá está... ¡Todo, todo lo he perdido! ¡Los pagarés! ¡Se han quemado los pagarés!... ¡Santa Virgen del Pilar, y tú, Santo Dominguito de mi alma!, ¿por qué se han quemado mis papeles?... Todavía se pueden salvar... ¿Quiere usted venir á mi